

Sacerdocio jerárquico y sacerdocio real en el Nuevo Testamento

*Abbé Reto Nay*¹

«Hay que respetar el silencio del Nuevo Testamento, que nunca dice que un cristiano sea sacerdote. Solo una persona, Jesucristo, es a quien la *Carta a los Hebreos* —y solo ella— atribuye esta función salvífica. Porque aquí se trata precisamente de una función. Por otra parte, la discreción de las Escrituras —aparte de la *Carta a los Hebreos*— sobre el sacerdocio del propio Jesús también es muy significativa. Desde el principio, la fe no se fija en este aspecto. Pertenece a un conjunto más amplio». Esta es una de las conclusiones a las que llega el dominico canadiense Jean-Marie-R. Tillard en su artículo «Sacerdoce», publicado en el *Dictionnaire de spiritualité* (1990). Refleja una posición muy extendida en la enseñanza de la teología católica. En la actualidad, puede incluso considerarse una voz moderada en el concierto de opiniones dentro de la Iglesia. Si resultara ser cierta, a largo plazo podría dar lugar a cambios importantes en la doctrina y la práctica de la Iglesia con respecto al sacerdocio ministerial. Ya se vislumbran los primeros indicios en el horizonte. Por lo tanto, primero tendremos que examinar esta impugnación del sacerdocio.

1. La impugnación del sacerdocio

Durante mis estudios en el seminario mayor de Coira, un seminarista que acababa de pasar un año estudiando en Lyon me explicó que el Nuevo Testamento no legitimaba el sacerdocio ministerial. Citó, a este respecto, la Carta a los Hebreos 7, 27, según la cual Cristo presentó su sacrificio «de una vez por todas». El sacerdocio ministerial de la Iglesia sería una consecuencia de la inculturación de la Iglesia en el mundo helenístico. Esta tesis ha sido defendida recientemente por Herbert Haag, sacerdote de la diócesis de Basilea y profesor emérito de Antiguo Testamento en Tubinga. Según Haag, en los inicios de la Iglesia, la Eucaristía no era celebrada por un sacerdote, sino guiada por un presidente o una presidenta. Lo que se asemeja de manera sorprendente a la eclesiología neomarxista de cierta heterodoxia contemporánea era, según Haag, la práctica habitual en la Iglesia naciente. En este caso, es difícil no pensar en el filósofo y poeta romántico alemán Friedrich von Schlegel, quien escribió sobre un cierto tipo de historiografía: «En los antiguos siempre se detectan los propios deseos y anhelos y, sobre todo, a uno mismo».

Haag llega a estas conclusiones eludiendo las verdades de la fe, mediante el uso ideológico de la historiografía denominada crítica. Se sirve de su propia reconstrucción del pasado para socavar la fe de la Iglesia en el presente. El objetivo de este revisionismo histórico es la interpretación relativista del dogma. Sin embargo, el intento de comprender el conjunto de la fe, que

¹ Conferencia pronunciada en el IV Coloquio del CIEL, Versalles, 1998.

posee la Iglesia en el presente, mediante hipótesis históricas y parciales solo puede fracasar. La fe no es una hipótesis histórica, sino una realidad viva en la Iglesia. No se puede apoderarse de ella a través de los restos del pasado. Fuera del cuerpo vivo de la Iglesia, no hay ciencia de la fe, sino, como mucho, una crítica ideológica determinada por prejuicios personales.

Solo hay vida en un cuerpo vivo. *Mutatis mutandis*, la fe solo se revela en el cuerpo creyente de la Iglesia, que posee la fe en el *nunc* del Espíritu Santo. Para los creyentes, la fe solo es perceptible a través de la acción de la cabeza, el corazón y las manos de la Iglesia. El intento de descubrir la fe mediante un retorno a las fuentes históricas y teóricas es un enfoque erróneo que está en el origen de todas las herejías. La historiografía solo ve a los testigos del pasado a la luz de su propia época. La luz con la que el historiador ilumina el pasado es la suya propia: depende de su punto de vista personal. Por lo tanto, el estudio histórico de la fe solo es pertinente si la fe, atestiguada en los documentos históricos, se percibe a la luz de la Iglesia actual. Ni la Iglesia ni la teología viven de una regresión histórica, sino de la fe contenida en la liturgia, las Sagradas Escrituras, los Padres y las decisiones doctrinales del magisterio.

El arqueologismo intelectual que encontramos en Haag y otros solo se refiere aparentemente al pasado. Tiene un rasgo profundamente deshonesto. Finge la existencia de otro mundo y de otra Iglesia, de la que el historiador es el pastor y sumo sacerdote. Sin embargo, solo hay una Iglesia, la que existe en el presente. El pasado no se ve en el pasado, sino en el presente. Es en el presente donde el espíritu humano lo reconstruye. El día de ayer ya no existe y nunca resucitará. Las huellas que pueda haber dejado solo existen en el presente. Por lo tanto, se puede decir que la historia se ocupa del presente y que la huida hacia la historia a menudo sirve para camuflar un propósito ideológico para el presente.

En resumen: la contestación moderna del sacerdocio ministerial es fruto de una lectura histórica e ideológica de los textos bíblicos relativos al sacerdocio. Estos escritos no deben entenderse en un marco histórico-ideológico, sino en el contexto y a la luz de la fe de la Iglesia viva y presente.

Una vez abordado este problema, pasemos ahora a plantear la cuestión del sacerdocio de Cristo, que está en la raíz del sacerdocio ministerial.

2. ¿Era Cristo sacerdote?

El sacerdote ministerial es sacerdote en la medida en que Cristo lo es. Por lo tanto, el discurso sobre el sacerdocio ministerial debe tener sus raíces en el sacerdocio de Cristo.

En cuanto al vocabulario: un sacerdote es un ministro del culto que ofrece sacrificios. No hay sacerdote sin sacrificios y no hay sacrificios sin sacerdote. El sacerdote puede ocuparse de muchas cosas, pero solo el sacrificio lo convierte en sacerdote. ¿Por qué ofrece sacrificios el sacerdote? Para la expiación de los pecados. Por lo tanto, hay tres conceptos clave en juego: sacerdote, sacrificio y expiación.

¿Dónde encontramos el sacerdocio de Cristo en los Evangelios? La respuesta puede sorprender: recordemos al P. Tillard: es cierto que Cristo, en los Evangelios, nunca se presenta como sacerdote. Él vincula su misión al Mesías Rey, al Hijo del Hombre, al Siervo de Yahvé y al Profeta. Los únicos sacerdotes reconocidos por Jesús son los del Templo, aunque vivió con ellos una relación tensa. Incluso la comunidad primitiva parece haber desarrollado una conciencia sacerdotal. Sus miembros ofrecen sus sacrificios en el Templo. Esto queda patente en Hechos 21, 26: «Al día siguiente, Pablo tomó consigo a estos hombres, se purificó con ellos y entró en el Templo, donde dio a conocer el término de su tiempo de purificación, en el que debía ofrecerse la ofrenda exigida a cada uno de ellos».

Jesús, perteneciente a la tribu de Judá, no tenía derecho a ofrecer sacrificios personalmente. En un entorno en el que solo se conocía el sacerdocio levítico, no podía presentarse como sacerdote sin ser incomprendido. Además, solo al final de su vida terrenal su sacerdocio se hace visible y comprensible. En cualquier caso, Jesús nunca se opuso al sacerdocio levítico. Hechos 6, 14 —se trata del juicio contra san Esteban— niega que Jesús estuviera preparando una revolución del culto y del orden recibidos por Moisés.

La razón por la que los Evangelios no son muy explícitos en lo que respecta al sacerdocio de Cristo es que Jesús, en el momento en que predicaba a los judíos, aún no había ofrecido su sacrificio. Sin embargo, el Evangelio está lleno de alusiones a lo que está por venir. En el árbol de los Evangelios ya hay brotes listos para abrirse en el momento oportuno. Los frutos serán recogidos por la *Carta a los Hebreos*.

Examinemos algunos de estos brotes. El primero se encuentra en el Evangelio de San Juan, al final de la semana mesiánica que marca el inicio de la actividad pública de Jesús. Se trata del Templo, cuya destrucción y reconstrucción evoca Jesús (Juan 2, 19-21): «Destruid este Templo y en tres días lo levantaré». Los judíos le dijeron: «Hace cuarenta y seis años que se trabaja en este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?». Pero él hablaba del templo de su cuerpo».

Cristo une ambos: el Templo, lugar del sacrificio levítico, y el Templo de su cuerpo, lugar del nuevo sacrificio. Algunos comentaristas solo entienden este texto en relación con el Rey Mesías, que construirá una casa y erigirá el trono de su reino para siempre (2 Sam 7, 13). Esta explicación evita cualquier connotación sacerdotal. Como Rey Mesías, Jesús simplemente reconstruiría el Templo. Pero Jesús, en San Juan, no habla del Rey Mesías, sino de su cuerpo. Es su cuerpo el que en un futuro muy próximo necesitará una «reconstrucción», no el Templo, que en el momento en que Jesús habla funciona perfectamente. El cuerpo de Cristo, llamado a convertirse en el nuevo Templo, confiere a Cristo una cualidad sacerdotal eminente. No es de extrañar que la muerte de Jesús tuviera repercusiones en el Templo: «De repente, el velo del Templo se rasgó en dos, de arriba abajo» (Mt 27, 51).

El velo del Templo ocultaba la parte central del santuario, donde se conservaban las Tablas de la Alianza. Estas habían desaparecido tras la destrucción del Templo por Nabucodonosor.

Cuando los israelitas, tras regresar del cautiverio babilónico, reconstruyeron el Templo, el Lugar Santísimo quedó vacío.² Este vacío en el antiguo Templo queda puesto de manifiesto por el sacrificio de Jesús en la cruz. La muerte de Cristo muestra que se habían hecho necesarios un nuevo Templo y un nuevo sacerdocio.

Otro brote evangélico relacionado con el sacerdocio y el sacrificio de Cristo es Juan 1, 29. San Juan Bautista llama a Jesús el cordero de Dios que quita los pecados del mundo. El cordero es el animal sacrificial para la fiesta de Pascua y el Bautista, al nombrar así a Jesús, lo designa como el nuevo Cordero pascual.

En la *Carta a los Romanos*, 3, 21-26, se encuentra otra elaboración teológica del sacrificio de Jesús. Es un pasaje clave de toda la carta. San Pablo presenta primero la situación de los paganos y los judíos ante Dios. El balance es aterrador: tanto los paganos como los judíos son culpables ante Dios. La ley mosaica no ha sido **más que** un catalizador que ha contribuido a multiplicar los pecados. ¿Hay alguna salida? Rom 3, 22-25 da la respuesta: «No hay distinción: todos han pecado y están privados de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia en virtud de la Redención que está en Cristo Jesús, a quien Dios destinó de antemano para ser, por su propia sangre, propiciatorio gracias a la fe, a fin de mostrar su justicia».

Algunos exégetas han sugerido que esto significa que Dios sacrifica a Jesús como víctima. Pero veamos la afirmación central del versículo 25, que habla de Cristo como «propiciatorio, por su propia sangre». El texto no dice: «Dios lo sacrificó». Propiciatorio es la traducción del griego *hylasterion*. *Hylasterion* (en hebreo: *capporet*) es la mesa que cubría el arca de la alianza. Según Levítico 16, una vez al año, el día de la expiación, el sumo sacerdote rociaba sobre el arca la sangre de un toro **para** expiar sus propios pecados y los del pueblo. Según Romanos 3, 25, Jesús es el nuevo ser propiciatorio en su propia sangre. ¿Qué significa esto? En primer lugar, que esta sangre no es la de los animales habituales del sacrificio. Si Cristo en sangre es el ser propiciatorio, la mesa ya no necesita sangre del exterior. Cristo es a la vez el sacerdote que rocía con la sangre y la víctima que da la sangre. Esto no invalida el sacrificio levítico, sino que lo completa. Sin embargo, el sacerdocio de Cristo es muy diferente del que se practicaba en el Templo.

El resultado de nuestro análisis es, por tanto, doble. Es cierto que en los Evangelios y en los Hechos de los Apóstoles no se encuentran referencias explícitas al sacerdocio de Cristo. Sin embargo, la predicación de Jesús prepara la comprensión de su muerte como un acto sacrificial realizado por el sumo sacerdote Jesucristo. ¿Era Cristo, pues, un sacerdote? Solo podemos responder «sí». Ahora hay que precisar la naturaleza de este sacerdocio.

² Cf. Pompeyo (63 a. C.) en Flavio Josefo, *La guerra de los judíos*, I, 7: «Nada conmovió tanto a la nación como el hecho de que el lugar santo, hasta entonces prohibido a las miradas, fuera desvelado por los extranjeros. Así, Pompeyo y su séquito, al entrar en el edificio del Templo, en la sala a la que solo el sumo sacerdote tenía acceso, vieron con sus propios ojos el mobiliario interior: el candelabro con sus lámparas, la mesa, los vasos de libaciones, los incensarios, todos los objetos de oro macizo, además de una importante provisión de perfumes y un tesoro de dinero sagrado de casi dos mil talentos (152)».

3. ¿Cuál es el sacerdocio de Cristo?

El sacerdocio de Cristo no es un sacerdocio levítico purificado y renovado. No hay que olvidar que el Templo, sobre todo durante las grandes fiestas, se parecía más a un matadero que a un santuario. El primer capítulo del libro del Levítico da una idea del desarrollo de esta actividad sacrificial al presentar un holocausto. Primero se degollaba un buey sin defectos. Luego se lo cortaban en pedazos y los hijos de Aarón ofrecían la sangre derramándola alrededor del altar. A continuación, encendían un fuego sobre él y colocaban los trozos de carne con la cabeza y la grasa encima. Las entrañas y las patas del buey se lavaban y se quemaban sobre el altar.

Según la *Carta a los Hebreos*, Jesucristo no es sacerdote según el orden de Leví o Aarón, sino sumo sacerdote según el orden de Melquisedec. En comparación con los lugares mencionados anteriormente, esto supone un avance. Así se completa el esbozo. El tercer capítulo de la *Carta a los Romanos* habla de la nueva manera en que Cristo cumplió la Ley. La *Carta a los Hebreos* aclara esta nueva manera al final del sexto y en el séptimo capítulo. Antes de entrar en detalles, repasemos primero la *Carta a los Hebreos*. Los trece capítulos se pueden agrupar en tres partes:

1-2 Jesús es más grande que los ángeles

3-10 Jesús es el sumo sacerdote

10-13 Exhortación

Basta con saber que la *Carta a los Hebreos* trata principalmente del sacerdocio de Cristo. El final del capítulo sexto explica cómo el antiguo sacerdocio es sustituido por el nuevo (Heb 6, 19s): «En la esperanza en Cristo, tenemos para nuestra alma como un ancla segura y sólida, que penetra más allá del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, convertido para la eternidad en Sumo Sacerdote, según el orden de Melquisedec».

Dios recibe la expiación por los pecados. La novedad consiste en que Jesús se presenta ante Dios, no como sumo sacerdote levítico, sino como sacerdote según el orden de Melquisedec. Hebreos 7 explica este cambio y muestra que el sacerdocio de Melquisedec es más perfecto que el de Aarón.

La carta aborda la cuestión de la purificación de los pecados, realizada por Cristo. ¿Cómo purifica Jesús los pecados? Expiándolos. ¿Cómo se lleva a cabo la expiación? Mediante el sacrificio. ¿Quién ofrece el sacrificio? El sacerdote. Por lo tanto: Jesús, el expiador de los pecados, debe ser sacerdote. Este razonamiento, salvo el último punto, es totalmente evidente para un israelita creyente. La dificultad radica en el hecho de que Jesús, al no pertenecer a la tribu de Leví, no puede ser sacerdote según la ley de Moisés. Para la *Carta a los Hebreos*, esto no supone ningún problema: Jesucristo no es un sacerdote levítico, sino un sacerdote según el orden de Melquisedec. ¿Es correcta esta conclusión?

Esta cuestión es fácil de resolver. En el Antiguo Testamento hay un texto mesiánico que establece una relación entre el Mesías y el sacerdocio melquisedequiano, concretamente el Salmo 109 (110), 4: «Tu es sacerdos in aeternum secundum ordinem Melchisedec». La *Carta a los*

Hebreos lo cita en el capítulo quinto (5, 6). De ello se desprenden dos ideas: a) Jesús es sacerdote y b) es sacerdote según el orden de Melquisedec. ¿Cuál es la diferencia entre estos dos órdenes sacerdotales? *Hebreos* 7 nos da la respuesta, que toma como punto de partida el misterioso encuentro entre Abraham y Melquisedec. Es un breve relato en Génesis 14 (17-20), y la única vez que Melquisedec aparece en persona en la Biblia. El encuentro tiene lugar después de la liberación de Lot. Leamos el texto (18-20):

Melquisedec, rey de Salem, trajo pan y vino; era sacerdote del Dios Altísimo. Lo bendijo y dijo: «Bendito seas, Abraham, por el Dios Altísimo, creador del cielo y de la tierra. Bendito sea el Dios Altísimo, que ha entregado a tus enemigos en tus manos». Y le dio el diezmo de todo.

Eso es todo. Basándose en este relato y en el Salmo 109, 4, *Hebreos* 7 explica el sacerdocio de Cristo. Se destacan cinco aspectos:

1. El sacerdocio melquisedequiano es eterno. Esto se desprende del Salmo 109 y del hecho de que Génesis 14 ignora la familia y la ascendencia de Melquisedec. No tiene padre, ni madre, ni árbol genealógico. Sus días no tienen principio ni fin. Lo mismo ocurre con Cristo.
2. El sacerdocio melquisedeciano es más perfecto que el de Abraham, porque Melquisedec bendijo a Abraham. El que bendice es superior al que es bendecido. Melquisedec es, por lo tanto, más grande que Abraham y su descendencia, de la que forman parte los sacerdotes levitas
3. El sacerdocio melquisedequiano establece una nueva ley, ya que al sustituir al sacerdocio levítico que había fracasado, también era necesario sustituir la ley que dependía de él.
4. El sacerdocio de Melquisedec es fuerte porque se basa en la vida imperecedera, y no en la ley carnal. Esto se demuestra con la resurrección de Cristo.
5. El sacerdocio melquisedequiano se constituyó mediante un juramento de Dios. Por eso Jesús es el garante de una alianza mejor.

Resumamos: Cristo, sacerdote según el orden de Melquisedec, se diferencia del sumo sacerdote levítico porque 1) su sacerdocio es eterno y, por lo tanto, no necesita ser «alimentado» porque el efecto de su sacrificio podría debilitarse; 2) supera la religión del Templo; 3) introduce una nueva Ley; 4) es poderoso gracias a su resurrección, ya que no tiene que temer a la muerte; 5) está garantizado por la palabra irrevocable de Dios. En una frase: el sacrificio ya no es ofrecido por los hombres, sino por Dios mismo.

El antiguo rito constituía un esfuerzo por liberarse de los pecados. Se le ofrecía un sacrificio a Dios y él concedía la reconciliación. Este sistema no podía perdurar, ya que Dios no puede contentarse con cabras y toros. Dios no tiene precio. No necesita la sangre de los animales, porque ya le pertenecen. Estos sacrificios no añaden nada a su honor. Por eso Dios dice en el Salmo 50:

No tomo para mí el toro de tus pastos, ni los machos cabríos de tus rediles. Porque todos los animales del bosque me pertenecen, así como el ganado que habita en las colinas, donde vive por miles. Conozco todas las aves de las montañas, y las bestias salvajes están

en mi mano. Si tuviera hambre, no te lo diría, porque la tierra es mía con todo lo que contiene. ¿Acaso me alimento de la carne de los toros, bebo la sangre de los machos cabríos? Ofrece a Dios tu sacrificio para darle gracias... (Salmo 50, 9-14).

A Dios no le preocupan los sacrificios de animales. Él quiere el corazón del hombre y su consentimiento. Es la adoración lo que Dios espera. Todo pertenece ya a Dios, excepto el «sí» del hombre, a quien ha dado la libertad. Él quiere atraerlo hacia sí, no con su omnipotencia, sino con su amor. Dios había esperado durante mucho tiempo ese «sí», que significa la ofrenda de uno mismo, un sacrificio que deseaba y que fue ofrecido por Jesucristo. Por lo tanto, el sacrificio no fue abolido, sino que la ofrenda sacrificial fue sustituida. Jesús, en la cruz, ofreció a Dios ese «sí» que la humanidad no podía darle.

Por supuesto, no fue una liturgia suntuosa con casullas y sobrepellices, con imponentes fanfarrias, coros sublimes, cantos prodigiosos y *el Alehuya* de Händel. Fue una ejecución. Y, sin embargo, la muerte de Jesús en la cruz es la única liturgia verdadera de la historia, una liturgia cósmica que se desarrolla, no en el ámbito restringido del Templo, sino ante los ojos del mundo. Jesús aparece ante la presencia de Dios. Entra en el verdadero Templo, no para presentar la sangre de los animales, sino para ofrecerse a sí mismo. Cristo superó así el marco litúrgico del Templo y se inmoló en el altar. Dio su sangre y cumplió lo que toda la humanidad no pudo hacer.

Ahora bien, ¿no podría el sumo sacerdote levítico haberse adelantado a Cristo poniéndose él mismo en el altar para morir por la humanidad? Por supuesto que no. El culto exige una ofrenda inmaculada. El animal sacrificial debe ser perfecto. Pero entre todos los hombres no se encontraba un cordero perfecto y sin mancha. Era el regreso de la historia de Sodoma y Gomorra: no había un justo que salvara la ciudad. El tiempo pasaba y no se encontraba al justo. Los siglos se sucedían y ningún justo se presentaba. Y finalmente, llegó Belén. No es de extrañar que el inmenso imperio de la injusticia que estaba en el poder intentara eliminar al niño de Belén. Al final lo consiguió. Y este crimen, el más abominable de la historia de la humanidad, tuvo un final muy feliz. Por primera vez, alguien que no merecía la muerte por sus propios pecados moría. Daba una vida que era verdaderamente suya. Dios aceptó su vida como expiación por toda la humanidad.

4. Del sacerdocio de Cristo al sacerdocio ministerial de la Iglesia

La muerte de Cristo fue el único culto que restableció la justicia para siempre. Entonces, ¿por qué la Iglesia sigue necesitando sacerdotes ministeriales? A esta pregunta, Martín Lutero respondió que el Evangelio, para ser proclamado, no **necesita** un ministerio especial. ¿Acaso suprimió el sacerdocio? ¡Todo lo contrario! Según Lutero, toda persona que ha nacido por el bautismo puede presumir de ser sacerdote, obispo y papa (WA 6, 408). El ministerio protestante **solo** sirve para el funcionamiento ordenado y la organización práctica de la Iglesia. La ordenación sacerdotal coincide con el bautismo. Esta opinión rompe totalmente con la Tradición. Nos limitaremos a demostrar que también rompe con el Nuevo Testamento.

Nuestro punto de partida es Juan 20, 19-21. Es la tarde del día de Pascua. Los apóstoles están reunidos a puerta cerrada. Tienen miedo de los judíos. De repente, Jesús aparece y se coloca en medio de ellos diciendo: «¡La paz sea con vosotros!». Les muestra sus manos y su costado, y los discípulos se alegran al ver al Señor. Jesús vuelve a decir: «¡La paz sea con vosotros!». Y continúa: «Como el Padre me envió, así también yo os envío». Por lo tanto, existe un vínculo profundo entre la misión de Cristo y la de los apóstoles. Por eso, su mandato debe entenderse de acuerdo con la misión de Cristo. Cristo sella sus palabras soplando sobre los apóstoles y enviándoles el Espíritu Santo (v. 22). Contra lo que dice Lutero, hay que decir que esta acción significa mucho más que la transferencia de una función que se impone por razones pragmáticas. Los apóstoles participan realmente —en el Espíritu— en la misión de Cristo y, por tanto, en su sacerdocio. El sacerdote, titular del sacerdocio ministerial, es, por tanto, sacerdote en la medida en que participa del sacerdocio de Cristo. El sacrificio del sacerdote es el de Cristo y consiste en la ofrenda de sí mismo. Esta es, por otra parte, la razón del celibato de Jesús y del sacerdote ministerial.

Juan 20, 21 es el pasaje clave; está rodeado de muchos otros pasajes que explican la misión sacerdotal de los apóstoles y de aquellos que continúan la misión de Cristo. He aquí algunos ejemplos³ :

– Cristo ordena a los apóstoles que proclamen el Evangelio en todo el mundo (Mt 28, 19; Mc 16, 15). Les concede su autoridad (Lc 10, 16; Mt 10, 40). Les da el poder de atar y desatar (Mt 18,18), así como el de bautizar (Mt 28, 19), celebrar la misa (Lc 22, 19) y perdonar los pecados (Jn 20, 23).

La misión de los apóstoles, vinculada a la de Cristo, también se fundamenta en las cartas de san Pablo. Según él, los apóstoles recibieron de Cristo «la gracia y el apostolado para llevar, en su nombre, a todas las naciones a la obediencia de la fe» (Rom 1, 5). Son «servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios» (1 Cor 4, 1). Son embajadores de Cristo, por medio de los cuales Dios exhorta (2 Cor 5, 20), proclamadores «de la palabra de la reconciliación» y portadores «del ministerio de la reconciliación» (2 Cor 5, 18s).

– El Nuevo Testamento también da testimonio del uso de los poderes que les fueron conferidos. Predican por todas partes (Mc 16, 20) y dan a los fieles leyes y órdenes (Hch 15, 28s; 1 Cor 11, 34). Juzgan en los tribunales y dictan castigos (1 Cor 5, 3-5; 4, 21). Bautizan (Hch 2, 41; 1 Cor 1,14), celebran la misa (Hch 2, 42-46; 20, 7) y transmiten cargos eclesiásticos mediante la imposición de manos (Hch 6, 6; 14, 22; 1 Tim 4, 14; 2 Tim 1, 6; Tit 1, 5). Junto a los apóstoles, en la Iglesia primitiva encontramos presbíteros (Hch 20, 17-28; 1 P 5, 1-2; Tit 1, 5-7) y diáconos que desempeñan funciones en la Iglesia. El diácono Felipe predica y bautiza (Hch 8, 5-38). Los presbíteros de Jerusalén deciden junto con los apóstoles el papel de la antigua Ley (Hch 15, 22ss). Los presbíteros de la comunidad administran la extremaunción a los enfermos y perdonan los pecados (St 5, 14s). Los colaboradores de los apóstoles reciben su ministerio y su poder, no de la comunidad, sino de los apóstoles (Hch 6, 6; 14, 22). Los carismáticos, en la época apostólica,

³ Para una lista completa, véase Ludwig Ott: Grundriß der katholischen Dogmatik 335s.

desempeñan un papel importante en la edificación de la Iglesia (1 Cor 12-14), pero si no tienen un ministerio eclesiástico, no forman parte de la jerarquía. San Pablo pide que el carisma se subordine al ministerio apostólico (1 Cor 14, 26ss).

En resumen: el sacerdocio ministerial de la Iglesia es el sacerdocio de Cristo, transmitido a los apóstoles por Nuestro Señor la noche de Pascua. Las consecuencias de este mandato se explican en el Nuevo Testamento.

5. El sacerdocio real de todos los creyentes

Nos queda por aclarar el paso del sacerdocio ministerial, confiado a los apóstoles y transmitido por la imposición de manos, al sacerdocio real de todos los creyentes bautizados. El *locus classicus* donde se trata este tema es la *Primera Carta de San Pedro*. Este breve texto es bastante difícil de entender (2, 4-6): «Acercaos a él, piedra viva, rechazada por los hombres, pero elegida y preciosa ante Dios. Y vosotros mismos, como piedras vivas, edificad una casa espiritual para un sacerdocio santo, con el fin de ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por Jesucristo».

La lectura de este texto nos permitirá comprender el sacerdocio de todos los bautizados.

El texto contiene dos directrices: 1) ¡Acérquense a Cristo, la piedra viva! y 2) ¡Edifíquense como piedras vivas! Examinemos primero la segunda: ¿qué se edifica? La carta responde: una casa espiritual para un sacerdocio santo. ¿Cómo se edifica? Con «piedras vivas». ¿Por qué la imagen de la piedra? La carta la utiliza en el contexto de la construcción de una casa, donde cada piedra tiene su lugar y su función. Es el conjunto de piedras lo que hace que la piedra individual forme parte de un puente, una presa, un monumento o el trazado de una carretera. Por otra parte, no hay conjunto sin las piedras individuales. Se observa entonces una interacción: el conjunto formado por las piedras individuales y el carácter de las piedras individuales formado por el conjunto.

Lo mismo ocurre en la casa espiritual que es la Iglesia. Cada cristiano forma parte de sus muros. La imagen de la piedra ayuda a comprender la capacidad del bautizado para ocupar su lugar en medio y en función de los demás bautizados. Es cierto que hoy en día se encuentra a menudo una visión «marxista» de la Iglesia. La vida y la muerte no pueden delegarse en una comunidad. Sin embargo, la comunión sigue siendo un aspecto importante del cristianismo. El sacerdocio real es su expresión más completa. En efecto, el sacerdocio real, a diferencia del sacerdocio ministerial, no es ejercido por un solo individuo, sino por el conjunto de piedras vivas, construidas en una casa espiritual. Es precisamente la imagen de la piedra la que expresa el carácter comunitario del sacerdocio real.

La palabra «piedra» recuerda la capacidad de los cristianos para entrar en comunión unos con otros. Esta capacidad es esencial para el ejercicio del sacerdocio real. Sin embargo, san Pedro no escribe «venid como piedras», sino «venid como piedras vivas». «Vivo» y «piedra» son términos opuestos. No hay nada más muerto que una piedra, materia inanimada por excelencia. Se podrían

decir cosas bonitas sobre la aptitud de las piedras para la comunión. Pero, al fin y al cabo, a nadie le gustaría pasar una vida de piedra, ni siquiera como piedra en el hechizante costado de una pirámide.

El término «vivo» añade así a la palabra «piedra» un significado que cuestiona radicalmente la imagen de la piedra y elimina toda quimera según la cual el sacerdocio real sería una especie de «paraíso de los trabajadores», construido sobre los cadáveres de las generaciones anteriores. El cristiano no es, en efecto, la piedra de uno de los muros de una ciudadela terrenal, sino una piedra viva en una casa espiritual que une en sí misma la muerte como esencia de todo lo creado y la vida que es más fuerte que la muerte. Es la imagen de la resurrección que san Pablo asocia al pecador redimido por la gracia, que estaba muerto y ahora vive en Cristo. Como pecadores, somos piedras sin vida. Por la expiación de Cristo, nos convertimos en piedras vivas. Pero, ¡atención! La vida recibida no es la nuestra, sino la de Cristo. En palabras de san Pablo: «Vivo, pero no soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí (Gálatas 2, 20)». Esto es posible porque, por el bautismo, ahora formamos parte del cuerpo de Cristo, piedras vivas en la casa espiritual.

Así, «piedra» significa el pecador muerto; «viva», la vida redimida para él; «piedra viva» califica al cristiano como incorporado al nuevo Templo que es Cristo.

Las piedras vivas son el origen de la casa espiritual para la formación de un sacerdocio santo. Pero, ¿cómo se construye esta casa? La carta de san Pedro responde: reuniendo las piedras vivas alrededor de la piedra angular. Este es el proceso descrito en la carta:

- 1) Los fieles son piedras vivas.
- 2) Las piedras vivas se ordenan en relación con la piedra angular.
- 3) Se forma una casa espiritual para un sacerdocio santo.
- 4) Este sacerdocio ofrece sacrificios espirituales agradables a Dios.

El sacerdocio real se realiza según este orden. Los dos primeros puntos están unidos entre sí. Todo comienza con la transformación de los fieles en piedras vivas mediante el bautismo y la confirmación. Estos sacramentos no son una especie de vacuna administrada por vía oral, sino una incorporación al cuerpo de Cristo.

El segundo punto explica la correlación entre las piedras vivas y Cristo. Se mantiene la imagen de la piedra. Para los fieles, Jesús es la piedra angular, para los infieles, la piedra de tropiezo, el obstáculo que hay que eliminar... lo que explica la muerte de Cristo.

Examinemos de nuevo la disposición de las piedras vivas en relación con la piedra angular. No hay casa sin una disposición adecuada de las piedras. De ello se derivan dos cosas para la acción del cristiano que forma parte de la casa espiritual, de la que habla la *Primera carta de San Pedro*. El cristiano como piedra viva está 1) alineado con Cristo y 2) sostenido por el mismo Cristo. La piedra angular da la dirección y el apoyo. Las piedras vivas forman un edificio que se mantiene en pie gracias a Cristo. En la medida en que se ordenan en relación con él, las piedras vivas forman parte de la casa espiritual.

Llegamos al tercer punto. Los que están unidos a Cristo se convierten en una casa espiritual para un sacerdocio santo. ¿Qué significa esto? «Casa» se refiere a la morada y, por lo tanto, al ser, mientras que «sacerdocio» se refiere al actuar. «Para un sacerdocio santo» significa que el origen de un nuevo ser en Cristo sirve para desarrollar una nueva actividad. En el origen está la casa espiritual, el cuerpo de Cristo. El pecador resucitado se ha incorporado a Cristo, que se convierte en su nueva morada, la cual no se asemeja a un apartamento: el habitante y su apartamento son muy distintos, mientras que el que habita en Cristo participa de él. La vida de Cristo se convierte en su vida. Esta unidad de vida implica la unidad de la acción.

La acción de Cristo se convierte en la acción del cristiano y la acción del cristiano se convierte en la acción de Cristo. O más exactamente: el cuerpo del cristiano se convierte en el cuerpo de Cristo, Templo del que procede, según san Juan, el Espíritu. A medida que se participa en este Templo, la acción es transformada por él. La acción del cristiano se convierte en parte de la actividad del cuerpo de Cristo. Por lo tanto, si Cristo, según la *Carta a los Hebreos*, es sacerdote para siempre, entonces el cristiano, como parte del cuerpo de Cristo, participa en la acción y en el ser sacerdotal de Cristo. Es el sacerdocio real de todos los creyentes, un sacerdocio común, vinculado al cuerpo de Cristo en el que participa todo cristiano. Por eso la *Primera Carta de San Pedro* no dice que somos sacerdotes reales, sino que formamos un sacerdocio real.

El cuarto punto explica la eficacia de este sacerdocio mediante la ofrenda de sacrificios espirituales que son presentados «por Jesucristo». Es él quien ofrece el sacrificio de mi vida. Nadie diría que no es Cristo, sino solo sus manos, quien ofrece el sacrificio. Sus heridas sangraron, pero fue Cristo quien sufrió. No se puede decir que, durante la pasión, sufrió primero la espalda, luego la cabeza coronada de espinas... El dolor de la parte es el sacrificio del todo. Esto también se aplica al sacrificio real de todos los fieles. No se realiza por tal o cual persona, sino por él, Jesucristo. De esta manera, el sufrimiento personal del cristiano se convierte en una poderosa fuente de salvación.

¿Por qué los sacrificios ofrecidos por Cristo son agradables a Dios? Porque son de naturaleza espiritual. «Espiritual» es el antónimo de «carnal» y significa que aquí no se trata de un «campeonato de sufrimientos» ni de un «torneo de buenas obras». El sacrificio es agradable a Dios por la acción del espíritu con el que se ofrece. Se puede entender «espiritual» en un sentido débil, como algo que existe más en una teoría abstracta que en la realidad. Evidentemente, esto no es correcto. El Espíritu es el amor entre el Padre y el Hijo. Los sacrificios son espirituales cuando se ofrecen con amor. Jesús dio su vida por amor (Ef 5,2). El amor tiene más valor que el sufrimiento. Poco sufrimiento con mucho amor es mejor que mucho sufrimiento con poco amor.

En resumen, los bautizados se integran como piedras vivas en una casa santa para ofrecer sacrificios espirituales. Una casa donde se ofrecen sacrificios es un templo. Cristo es esa casa, el nuevo Templo de la nueva alianza. Al participar en el Templo como piedra viva, el cristiano participa en el sacrificio de Cristo: *Agere sequitur esse*. El sacrificio del sacerdocio real consiste en todas las actividades individuales de los cristianos en la medida en que se conforman a Cristo.

Por último, consideremos el sacerdocio real como una acción comunitaria, y en particular el epíteto «real».

Se puede decir que los cristianos forman un sacerdocio real, pero no que todo cristiano sea un sacerdote real. Al tocar una casa con la mano, **SOLO** se entra en contacto con una pequeña parte de ella, con una sola piedra, que es la casa en cuanto **que** forma parte de ella. Somos una casa espiritual para el sacerdocio santo en el sentido de que participamos en un todo más grande que no nos pertenece y que ni siquiera es visible a nuestros ojos. La piedra viva, al no ver el todo, debe creer en la existencia de una entidad imperceptible. Por eso san Pedro habla en el versículo 6 de la confianza. No seremos confundidos si confiamos en la piedra angular. El sacerdocio real se ejerce en la confianza de la fe. La casa en la que participamos es espiritual, es decir, invisible. Las piedras vivas no perciben el conjunto. Viven en la fe, no en la vista. Son como las piedras de un edificio, unidas por una piedra angular que no disciernen. Solo el hecho de que la casa permanezca en pie les permite deducir su existencia. Del mismo modo, los órganos del cuerpo dependen del corazón, encerrado en el pecho, invisible, en total oscuridad. Aquí también, solo el cuerpo vivo permite deducir su existencia. Los órganos del cuerpo «confían» en el corazón, invisible para ellos, como las piedras de una casa dependen de la piedra angular, que también es invisible para ellas. Es la noche de la fe. Para un incrédulo, el sacrificio y el amor parecen estar sembrados al viento. ¿Por qué? Porque al no estar alineado con la piedra angular, lo ignora. Las piedras vivas son igualmente ciegas. Pero saben que sin la piedra angular no estarían donde están.

Terminemos preguntándonos por qué el sacerdocio de los bautizados se denomina «sacerdocio real». Evidentemente, porque el sacerdocio de Cristo es el de un rey. Esta realeza se revela durante la pasión, sobre todo en el Evangelio de san Mateo, en el momento en que la piedra angular es rechazada por los constructores e inmolada por nuestros pecados. En Mateo, Jesús se presenta ante Pilato como rey de los judíos. A continuación, recibe la corona de espinas, insignia real. En el mismo sentido, es entronizado en la cruz. Incluso los burlones que pasan confirman la realeza de Cristo: Él es el rey que reina sufriendo él mismo, no haciendo sufrir a los demás. Del mismo modo, el sacerdocio real es un sacerdocio que sufre y no hace sufrir. Solo a los ojos del mundo representa una carrera al revés. Desde el punto de vista de Dios, el sufrimiento aceptado con amor sobrenatural transforma a quien sufre: se convierte en rey. Este sufrimiento es más fuerte que los poderosos de este mundo **porque** no los necesita.

Concluamos nuestra exposición. *En primer lugar*, hemos estudiado la impugnación del sacerdocio. ¿Existe el sacerdocio en la nueva alianza? La respuesta es sí, si leemos los textos en su contexto eclesial y no en un contexto histórico-ideológico. *En segundo lugar*, nos hemos preguntado si Cristo era sacerdote y, al responder afirmativamente, hemos visto cómo Cristo, en su predicación, preparó la comprensión de su sacerdocio. *Tercero*, hemos explicado el sacerdocio de Cristo como sacerdocio según el orden de Melquisedec: sacerdocio eterno, superior al sacerdocio levítico,

vinculado a una nueva ley, más fuerte que la muerte y garantizado por un juramento de Dios. *Cuarto*, hemos mostrado, con ayuda de Juan 20 y otros pasajes del Nuevo Testamento, que el sacerdocio ministerial del sacerdote proviene del de Cristo. *Quinto*, el sacerdocio real se ha presentado como la incorporación del ser y la acción de los bautizados, piedras vivas, en la casa santa que reúne todos los sufrimientos en el sacrificio y el nuevo Templo de Cristo.